

reciamente estructurada la individualidad de don Lorenzo de Pablos, padre de Mariceli, enérgico y brutal con sus esclavos, verdadero tipo de amo. Es notable la escena donde con su huasca castiga salvajamente a uno de ellos. Como inolvidable aquélla en que Mariceli en una procesión católica se hace azotar desnuda por uno de sus siervos. Consecuencia del proceso religioso desarrollado en su intimidad y tan propio del estricto fanatismo de esa época.

En lo anecdótico esta novela es muy rica y de gran movimiento. Interesa desde un comienzo y no obstante sus cuatrocientas páginas se lee de golpe.—A. T.



VA Y VEN, *Poemas* por *Luis Fernando Alvarez*.

El título de este volumen indica cierto sentido superficial, jugueteón de su contenido. La dedicatoria: «A mi hermano, San Horacio Alvarez, mártir», acaso la permanencia acusadora, el acento quemante de un poema civil, expresando alguna dramaticidad colectiva, precisando alguna violencia de tiranoide.

Ni lo uno ni lo otro. No es el ser social el que canta en estas páginas, penetrado de la convulsión ambiental de su tiempo, sino un exilado voluntario de la agonía contemporánea. Tampoco el afán deportivo o humorístico, sino la intimidad trabajada de un espíritu:

Ya en soledad conmigo,
me desnudo—sin la tierra y el tiempo—
de la voz y del gesto cotidiano,
para encontrarme mío, íntegro espíritu,
autónomo, como después de muerto,

Entonces, busquemos lo que el libro nos entregue, el latido que ha querido comunicar, el mensaje que arda o se apague en sus líneas.

Seguramente, *Va y Ven* (1) posee un perfil polifásico, aunque su unidad es manifiesta. Unidad en su sentido y su resultado. Polifásico en sus aspectos constitutivos. Apartemos dos fases: transparencia, sueño. Aparentemente, una antinomia, dos elementos divergentes, dos direcciones antípodas. En el libro, en el poema de Luis Fernando Alvarez, una exclusiva verdad poética, maridados ambos finos materiales. Transparencia en el aseado verso, en la expresión bañada cuidadosamente, clarificada a su máxima sencillez y espontaneidad, en el lenguaje con aventura y peripecia afortunada. Sueño, «ciudadano del sueño» se llama a sí mismo Alvarez, en la latitud subjetiva, en la vitalidad íntima, en la realidad onírica de ciertas sensaciones inaudibles en la vigilia o el mediodía, inaudibles pero transparentes como el agua o el aire, porque en el «centro del sueño, el espíritu es dueño de sus alas, difuntas en la tierra».

Sueño, afirmamos, no siempre es igual a confuso. Su volumen, a veces, es de claridad radiante; otras, de claridad a la sordina, un tanto vago e impreciso en sus detalles inocuos pero definido, arquitecturado como una sombra sólida en su contenido específico, en su esencia nutritiva de la conciencia dormida. O del ser total. Sueño, legumbre fundamental del poeta subjetivo:

Recordamos que en ciertas horas el canto de los gallos
despierta memorias tristes en los muertos que duermen;
y en esas mujeres ahogadas
que deshacen sus carnes verdes
entre los abrazos de un amor submarino.

(1) Cooperativa de Artes Gráficas. Caracas, 1936.

Pensamos en las grandes moscas que llenan
de un zumbido de quinina la hora de las 2 p. m.;
ciertos gritos bajo el sol de calles vacías;
ciertos párpados caídos de madres dispuestas a morir.
Y todo va cayendo en un cráter sin aire y sin término;
atravesando mundos van cayendo sin ruido
y continuamos viéndolas, a distancia, sin llegar a ningún fin.
(Tránsito en sueño, pág. 30).

Sencillez y espontaneidad dijimos también más arriba. Dejemos hablar a Juan Ramón Jiménez: «Lo sencillo es lo conseguido con menos elementos, es decir, lo neto, lo apuntado, lo sintético, lo justo. Por lo tanto, una poesía puede ser sencilla y complicada a un tiempo, según lo que pretende expresar» y lo espontáneo en una poesía «no quiere decir que, después de haber surgido ella por sí misma, no haya sido sometida a espurgo por la conciencia. Es el solo arte: lo espontáneo sometido a lo consciente».

En sus mejores instantes, Luis Fernando Alvarez alcanza lo requerido por Juan Ramón Jiménez. Porque lo sencillo no es lo simple, acaso lo directo, lo cercano expresivo, es decir, sencillo es la solución del drama creador (o la alegría) del artista en su lucha con el medio de expresión; ni lo complicado es lo ininteligible, acaso lo difícil. Tampoco lo espontáneo es el desaliño, la inspiración en momento de «trance», sino la disciplina, la depuración de lo exteriorizado de pronto.

Fallecieron los rieles que apuntaran,
en sus pestañas dirección de vuelos:
para la fábula de una vida cierta
la araña recogió sus instrumentos.

(Suma y resta en mí de su presencia, pág. 16).

Ahora, otra fase de *Va y Ven*, el ritmo, entraña y esencia de la poesía, contenido y continente, connatural a su nacimien-

to y necesario a su plenitud, como a la substancia del fruto, la corteza y la pulpa del mismo; ritmo, que no es musicalidad sino elemento adherido a la poesía, por lo general, pero no inherente a su función y que Verlaine proclamaba como programa en su conocido verso «de la musique avant toute chose». Porque el ritmo es la madurez de los sucesos internos de la poesía y el que perfila su presencia diferenciada como género literario. La poesía germina y vive, pues autónoma de la musicalidad sin desconocer que esta pueda introducirse en su construcción como recurso decorativo, pero nunca indispensable para exteriorizar su exacto tamaño; al contrario, a menudo sirve para disminuir su vitalidad de maravilla.

Del «Tránsito en la muerte» estas bellas estrofas:

Dan aullidos terrestres, sin sonido,
 como esos gritos sordos que damos en el sueño,
 que nadie escucha, ni aun nosotros mismos.
 Sobre sus espaldas desnudas
 sienten la lengua fría y viscosa de la muerte
 que los lame, como a cachorros suyos.
 Sienten manos que los empujan sin tocarlos;
 voces sin resonancias que los insultan;
 y espíritus invisibles que los ciñen para afixarlos,
 y dejarlos allí, tendidos e inmóviles,
 donde no les disputen sus puestos en la eternidad.

.....

A cierta hora en que crujen las maderas
 vienen hasta nosotros,
 en las velas que se apagan solas,
 en las puertas que se abren o cierran solas,
 en los cuadros que, sin tocarse, se desprenden,
 y en el aullido nocturno de los perros.

Tres fases hemos querido destacar en este volumen de Luis Fernando Alvarez: transparencia, sueño, ritmo. La primera y la última alimentando todo el volumen. La segunda, en no escasos poemas, tal vez, en los más conseguidos. Tres fases o tres ingredientes haciendo el conjunto, su unidad tan decorosa y sobresaliente. Y la emoción, depurada de manera feliz, envolviendo a esta en su clima de médula de estricta lírica.—

ARTURO TRONCOSO.



LA REVOLUCIÓN FRANCESA, por *Albert Matthiez*. Empresa Letras, Santiago de Chile.

Leyendo los tres sólidos volúmenes de esta obra, que ahora aparecen en un solo tomo, hay motivos para confirmar una antigua observación, respecto a que la historia está en lo externo pintada en torno a unas cuantas figuras humanas excepcionales, así como en lo íntimo, estas mismas figuras no hacen más que desprenderse de una masa de acontecimientos y de causas que hacen de ellos sus nervios motores, ya que no su esencia vital. La revolución española ilustra este aspecto del pueblo como fuente de energía revolucionaria. En este caso puede decirse que el tumulto de la Gran Revolución se plasma en una figura central, que es la de Maximiliano Robespierre. En suma, la necesidad del devenir histórico concita a sus hombres, haciendo de ellos héroes o tiranos de acuerdo con las exigencias del momento. No es ésta precisamente la conclusión de Carlyle; pero sí es la de Matthiez, confirmada, ayer no más, podríamos decir, por la segunda Gran Revolución, la de Rusia.

«Cuando los ricos se hacen demasiados ricos y los pobres demasiado pobres, la sociedad sufre una de esas convulsiones que llamamos Revolución, y que tienden a restablecer un equilibrio inestable». Esta sería más o menos la conclusión que nos deja la lectura de la monumental obra de Matthiez. ¿Una nueva